



*Crónicas
del mal amor*

PRESINAPEREIRO

ediciones
del Genal

*«Más que una novela, una narración conmovedora
basada en la realidad, el relato de lo que ocurrió en
Málaga durante el siglo XVI»*

*Si el hombre fracasa en conciliar
justicia y libertad, fracasa en todo.*

Albert Camus

*...el desconocido se creará en su ciudad y le sorprenderá
salir a otra, de otro lenguaje y de otro cielo.*

Jorge Luis
Borges

Es el último día y se agota la tarde. El horizonte enrojece, el aire se vuelve denso, viscoso, agobiante. Cerca del mar la brisa se encrespa. La bruma es cálida, es plomiza; incomoda. Oscurecer de miércoles, crepúsculo incierto.

Con pasos rápidos, cortos, fatigados, una joven se empeña en mantener el rumbo que le marca otra, en igualar su ritmo. Como en un juego sigue el trazo intermitente de su sombra que se esconde tras los troncos de los plátanos y se asoma con la luz del atardecer. Esfuerzo, obstinación. Solo con firmeza es posible remontar la colina, alcanzar el lugar donde los matices del ocaso envolverán a Suleymanieye. No queda tiempo, apenas un instante. Pronto se iniciará la magia; la mezquita comienza a mirarse en el espejo del Bósforo. Están agitadas, mucho, jadean, inspiran. Respirar duele. Soportarlo habrá valido la pena al encontrarse con los colores de la grandiosa alfama —azul y gris, rojo y violáceo—, palpitando en el dorado fondo del agua.

Al verlos cobrar vida, enlazarse y vibrar hasta lograr que la mezquita baile con su reflejo. Una imagen irreal y misteriosa. Conmovedora. Permanecen inmóviles, calladas. Tanta armonía conforta, emociona, apresa.

—Me atrae este espectáculo. No dejan de sorprenderme estos destellos inciertos y breves sobre el agua, me convencen de que la capacidad de emocionar no guarda relación con el esplendor —dice Meriem. Absorta, observa el espejo resplandeciente y nebuloso del Cuerno de Oro. Reflexiona. No soporta la idea del final. Le inquieta el futuro, lo que sucederá después de que amanezca.

—Seguro. Me fascinaba mi parroquia y no era más que una capilla pequeña, austera y desangelada, eso sí, allí estaba mi Dios.

Desde el mismo lugar, con la misma luz, frente a la misma imagen, la percepción de Olaya es distinta. No se estremece, nada de lo que la rodea le es propio.

—No; no me refiero a creencias, ni siquiera al edificio de la mezquita sino a su reflejo, a la danza de luces y oscuridades en el agua.

No le preocupan dioses ni dogmas. Conoce a los clásicos; aprendió de ellos que el hombre es el centro del universo, que es ilimitado y, si eso fuese cierto, si solo la persona importase, sería estúpido dejarse guiar por cetros y religiones. Estima a Olaya, quisiera protegerla, rescatarla de prejuicios y compartir con ella sus impresiones. Debe hacerlo.

—Para mí es imposible. No veo centelleos de colores sino la edificación y lo que representa. No imagino otra cosa por muy bonita que sea siempre sobresale su significado.

—Deberíais aprender a separar belleza y fe. Probemos de nuevo con cualquier aljama. Será más fácil si dejamos fuera de este intento a las iglesias católicas. —Puntualiza católicas para evitar que Olaya se enrede en su eterna repulsa a los cristianos reformados, los seguidores de Lutero, ese monje agustino que logró dividir a Europa.

—Lo haré, aunque solo sea para complaceros.

—Si os dejarais llevar, si usarais por una vez la fantasía la Rüstem Pasha os parecería solo un joyero. Sí, solo un pequeño estuche. —Meriem coloca sus manos de la misma manera que si sostuviese en ellas una cajita—. Imaginad que el sol de la tarde se refleja en sus azulejos, ¿lo conseguís? Entonces ya está, lo que queda es únicamente belleza, simple, sin añadidos. Solo un cofre pequeño.

—Lo siento. Ni siquiera con los ojos cerrados dejo de ver una mezquita, muy bella, sí, pero llena de símbolos. —Ha tratado de conseguirlo, se ha esforzado en imaginar, en seguir las directrices de Meriem y su mente se niega a transformar la realidad.

—No voy a insistir ¿para qué?; por mucho que lo pretenda no os sacaré de la cabeza tanta obstinación. Sois demasiado testaruda. No entiendo por qué reprimís los sentidos; no, no lo entiendo. —Se descorazona. Durante años han compartido libros y maestros, han debatido, juntas han conocido la importancia de la dignidad, el raciocinio y los valores esenciales de la persona; los mismos textos pero distinta interpretación.

—No sé hacer otra cosa; no puedo. Lo lamento.

—Al menos poned un poco de entusiasmo; eso no es tan difícil. —Señala en la distancia una construcción de piedra, grande: el mercado de especias—. Aquel alminar junto al bazar es el de la Rüstem Pasha.

—Lo sé. Según vos, el joyero pequeñito.

—El mismo. Entornad los párpados y dejaos llevar. Estáis dentro, inspiráis y os inunda el olor a hierbas rituales, a especias, a perfumes de nardos, de rosas, de ámbar, de jazmines y almizcle. Por favor, Olaya, probad, recreaos, solo eso.

—Sí; si lo procuro, pero mi corazón se niega a dar un vuelco. Supongo que será cuestión de principios. Lo siento, no quiero ofenderos ni mentir, la verdad es que me repele la belleza de las mezquitas. No consigo admirar un edificio donde se ora a un dios que no comprendo.

—Algo no encaja; lo que decís no es razonable y si lo fuese yo me moriría de pena, no comprendéis que en ese caso seríamos menos que peones de ajedrez, piezas movidas por la mano de la providencia, muñecos tallados al dictado del dogma vigente en el lugar y el tiempo donde nos tocase vivir. Olaya, recapacitad, eso no es lógico, dónde quedaría el albedrío, dónde la capacidad de elección y la propia responsabilidad.

Es difícil limar diferencias, sus creencias las condicionan, pero volverán a charlar en otra ocasión, este no es el momento más adecuado. Descienden la colina, caminan apresuradas; el viento sopla de frente y adhiere sus velos a la cara, casi las esculpen, les impide conversar. Regresan al centro de la ciudad, se adentran en calles tan ajetreadas que parecen mareas formadas por el ir y venir de las gentes que acuden a las madrazas, a los baños, a las bibliotecas o a los hospitales públicos. Se funden con ellos.

—Vamos hasta el Kapali Carsi; encargué tejidos para llevar a Atenas. Ni se os ocurra apartaos de mí; las callejuelas son embrolladas. Si os despistarais volved a esta

tienda de perfumes, la que está junto a la puerta —dice con gesto autoritario. Señala una salida tras ellas.

—Por mi propio interés procuraré no perderme. Me asusta tanta calleja y tampoco termino de acostumbrarme al bullicio. En algunas ciudades cristianas los moros dejaron mercados como este pero nunca los visité.

Observa a su alrededor, la puerta que señala Meriem es similar a las demás, como todas está mimetizada con las galerías que la rodean. De cualquier lugar brota el mismo aroma penetrante y desde cada rincón pueden oírse monótonos rumores de fugaces conversaciones y cánticos rituales. Es un laberinto inquietante.

—Eso dicen. Pero no creo que sean como el de Estambul; no, no lo creo, este es único, especial, divertido. —La voz se atenúa, recuerda que es el último día. Le contraría dejar su ciudad.

Deambulan un rato más por el Gran Bazar; como figurantes en una obra de teatro, se introducen en ese escenario de trueques y monólogos repetidos. Se unen a los clientes, entran en los bazares, hablan con los vendedores, regatean, ríen, olfatean perfumes, palpan las sedas, se dejan abrazar por los olores, por el vaho de las cachimbas, por las voces y la atmósfera densa. Fuera, les esperan lugares menos atractivos, correderas polvorientas, bulliciosas y populares, las mismas vías que utilizan los camellos para llegar al islote Leandro, al lugar de descanso de los caravaneros junto al gran mercado de caballos.

—Debe ser interesante viajar entre esas hileras.

—Lo es; claro que sí. Nosotros nos trasladábamos al campo en esas caravanas, era divertido. Pero dejemos eso, prefiero hacer recuento de lo que llevaremos. Aprovechemos el tiempo. —Continúan caminando. No permite que la arrastren los recuerdos, no, nada debe impedir que el escenario que la rodea se grave en su memoria. De alguna manera, inconsciente y absurda, presiente que recorre estas calles por última vez.

—Sí, Galata aún queda lejos.

—Me pregunto cuándo volveré a pisar este suelo. Hoy me resisto a encerrarme en casa. Vamos a sentarnos. Ahí, solo un momento, pronto pasará el vendedor de *salep*. —Señala una bancada a orillas del Bósforo dentro de un pequeño jardín, rodeado de setos de mirto; cerca, algunas mujeres vigilan los juegos de sus hijos y, más alejados, un grupo de hombres fuman cachimba.

La brisa mece sus velos. A lo lejos suenan los cantos del muecín convocando a la *adhan*, "...Dios es grande, acudid a la oración...". Beben *salep*, está caliente, sabe a orquídeas y a canela. Reconforta, alienta la fantasía de Meriem y en segundos su imaginación la envuelve en el bullicio, en los olores, en el sabor de Estambul; la lleva hasta las casas de madera, para admirar de nuevo sus colores tan suaves; la acompaña a recorrer las ramblas inundadas del brillo de turbantes y de gasas y la traslada a deambular por calles movidas al compás del balanceo de *yalābib* y *yihab*.

—Tengo miedo, Olaya; miedo a no regresar, a que me aplaste la nostalgia. Suelo observaros, me gusta imaginar hasta dónde viaja vuestra mente, al final siempre intuyo

que añoráis vuestra casa, las raíces, más que la propia libertad, y esa melancolía es lo que temo.

—No es igual, son circunstancias distintas; —aún le cuesta expresarse con sinceridad, siempre duda—; pero creo que sí, que las raíces se nutren de tradiciones y que para mantenerlas vivas solo hay que recordarlas. En cambio, la libertad es algo íntimo, incluso más que la simple capacidad de actuar. La memoria puede ser frágil pero la condición del ánimo es intocable ¿Me equivoco? —Quizás por haber estado educada entre preceptos irrefutables no añora la libertad, pero no puede olvidar sus orígenes.

—Supongo que tenéis razón. Sí; la libertad es algo extraño, es intangible y sin embargo amenaza y atterra a los poderosos, un enemigo firme y silencioso al que vencer.

—Por eso luchan para someterla y lo mismo emplean leyes o edictos, que espadas y sermones.

—Aquí es distinto, vivimos en el lugar más permisivo; solo tenéis que miraos, nadie os ha obligado a renegar de vuestra fe. Echad una ojeada a esas gentes ¿las considerarías acosadas?, fijaos en los hombres, en sus turbantes, si los llevan blancos sabemos que son turcos y judíos si son amarillos y griegos los del inconfundible azul; aquí nadie se ve obligado a ocultar lo que es. —Albedrío, tolerancia, independencia, dignidad, para Meriem son atributos de la condición humana lo mismo que la capacidad de elección y la responsabilidad. Pero, observa a Olaya y se pregunta si esa ética tan racional es posible en ella.

—No lo entiendo así. —Titubea, duda, pero se atreve a rebatir—. Cuando llegué a Estambul me extrañó que los varones adornasen sus cabezas con sedas tan coloridas; le di vueltas y llegué a la conclusión de que se trata de un efectivo sistema para catalogar a las personas según sus creencias; así, cuando convenga, será fácil manejarlas.

Ya están cerca de casa, en el barrio que llaman Beyôglu. Las calles no son bulliciosas, los que caminan por ellas, pasean, se recrean en los jardines que surgen como tapices de colores. Beyôglu es un paraíso de olores, un eco largo y armónico de rumores de aguas y crujidos del viento entre las ramas; allí, los parterres imaginan ser poemas que riman con el nombre de sus tulipanes: *la perla azul*, *la luz del amanecer* o *la gota de rubí*. Sí, Galata es un reducto de paz, el rincón que recoge mansiones de embajadores, dignatarios y grandes comerciantes; también el hogar de Meriem. Mañana dejará atrás esta casa, sus amigos, a su familia e iniciará un viaje hacia Atenas. Ha llegado el momento, cumple quince años, la edad señalada para formalizar el compromiso de matrimonio que su padre, Khalid, acordó con el de Néstor.

Inquieta. Repite sus pisadas, precisas, atentas a no sobrepasar sobre los bordes de las cenefas de las alfombras de la habitación. Acaricia cada uno de los muebles: la cama de madera lacada, el secreter de taracea, el diván. Se asoma con frecuencia a la ventana y observa una y mil veces el jardín para retener su imagen y el aroma de las flores en la memoria. Revisan las cajas, comprueban minuciosamente lo que permanece en los roperos. Es difícil decidir; cualquier objeto, cualquier atuendo, cualquier adorno prescindible está lleno de recuerdos. Saca

vestidos, velos, chinelas y aderezos que no puede llevar y los deja sobre la cama. Son para Olaya.

—Estoy muy nerviosa: la travesía, la boda... —No cesa de dar vueltas por la habitación—. No guardéis el *nazarlik* ni el colgante que luciré en la ceremonia, quiero llevarlos conmigo.

—Tranquila, están aquí, en esta bolsita. Todo saldrá bien, será un acto precioso; ese traje de seda es digno de una princesa. —Señala el vestido, está expuesto sobre un maniquí, acaban de rematar los bordados—. Y, lo más importante, os amáis.

—Sí, eso es cierto; desde niños jugábamos en Tizi Ouzou. Éramos inexpertos y aquel fue un tiempo de desvelar secretos, de reconocer los cuerpos y las sensaciones. Ambos lo descubrimos a la vez; días intensos, mucho, quizás porque allí la tierra grita desde sus orígenes. —Recuerda; lo hace en voz alta. Conjura al fantasma de la inseguridad.

—Un bagaje prometedor; nadie os comprenderá mejor que él. Eso debería sosegaros.

—Sí, es cierto, con Néstor no temo sorpresas. Jugábamos a ser prometidos cuando apenas nos sosteníamos sobre las piedras, ya entonces nos atraíamos; bueno, algo parecido, nada, bobadas infantiles. Ahora, no sé qué he de sentir, me adentro en un mundo desconocido; ignoro la nueva forma de amar, no sé nada de sexo, ni de su cuerpo, ni sus deseos; sólo una vez, compartimos un beso.

Apenas amanece, la comitiva, formada por carros de tiro y sirvientes cargados con los objetos más frágiles, sigue al carruaje que traslada a los familiares de Khalid hasta el puerto. El capitán espera, solemne y erguido, ante la escalerilla de su nave. La coca está dispuesta para emprender el viaje.

En la ciudad de Patrás, está el puerto donde el oficial prevé el desembarco de los pasajeros. No suele hacerlo en aquel fondeadero y en esta travesía tampoco es él quien lo decide. Se atiene a lo recomendado por el guía de la caravana que los conducirá hasta Atenas: él es el experto y considera más segura la ruta que bordea el golfo y cruza por Corinto para continuar por tierra. Un cambio ínfimo, apenas relevante en el itinerario.

Es siete de octubre de 1571. Ni capitán ni guía pudieron intuir que en el preciso momento en que ellos se adentraban en la ensenada de Lepanto, muy cerca, los navíos de una coalición cristiana se alineaban para enfrentarse a la armada de la confederación otomana. El cambio de rumbo, en esta ocasión, no solo incide en la trayectoria de la nave, también en el destino de sus pasajeros. Habían proyectado asistir a un casamiento en Atenas y el agua del golfo desgaja esos planes. Allí concluye el viaje; allí se hunden los proyectos, allí se esfuman sueños y vidas arrastrados por los estallidos de una inconcebible batalla.

Aún no ha amanecido y, tímidamente, comienza la ofensiva. Ruido, fognazos, gritos, ráfagas, lamentos, blasfemias, caos, miedo; mucho miedo. Confusión. La coca se bambolea como un barco de papel, movido por torbellinos de aire. El balanceo es perturbador, el trasiego descontrolado de enseres y artilugios se cobra las primeras víctimas. Los pasajeros se alarman, se amedrentan y abandonan sus camarotes; están desorientados, presienten lo que aún ignoran, es difícil concretar lo que sucede, asumirlo. Meriem y Olaya duermen hasta que los gritos de pánico, el ruido de disparos y los movimientos descontrolados de la nave rompen el silencio del alba. No hay lugar más seguro para ellas que el hueco bajo las literas. Se visten y esperan que alguien las ayude.

No son capaces de precisar el tiempo que han permanecido bajo la endeble defensa de la litera antes de admitir que esperar ayuda es falta de cordura. Ha llegado el momento, es hora de abandonar el camarote, otra opción no es posible cuando el fuego comienza a prender las cortinas y el humo lo invade, inunda cada uno de sus rincones como si se tratase de un pesado recipiente que se hunde en el mar. El aire es flama, sale desde los poros de las duelas de madera, también desde las ranuras del vidrio, el calor es insufrible, irrespirable. No es situación para comprobar teorías, no, no lo es, pero instintivamente Meriem recuerda la *Pneumática* de Filón. El griego estaba en lo cierto y ellas tosen, lagrimean, se asfixian y crispadas golpean con los puños la puerta atrancada, no cede, buscan una banqueta, aporrean, cruje, la cerradura se mantiene encajada, la madera es frágil, está chamuscada, abren una rendija, una más, y otra, otra, suficiente para salir. En cubierta, corretean a la deriva, sortean obstáculos y dejan atrás los cuerpos desplomados mientras crece su desconcierto. A su alrededor todo es confusión, se ha impuesto el orden del caos.

Las naves capitanas coinciden muy cerca de la coca, en el centro de la batalla. Desde el rincón que ocupan alcanzan a ver las insignias y los rótulos, La Sultana y La Real. Llevan nombres en femenino de igual significado, ostentoso, magnificente y teatral mientras que los que luchan son hombres, anónimos, la mayoría humildes, con distintas creencias pero semejantes. Meriem observa a Olaya con profunda tristeza, esa batalla feroz, simboliza el enfrentamiento, la rivalidad entre sus dos culturas. Le aprieta la mano, es su forma de rebelarse contra un combate que no es suyo. La violencia es atroz, los enemigos se matan mirándose a los ojos, cuerpo a cuerpo. Es cruel, poco importa la vida.

Permanecen escondidas, se ocultan entre las jarcias durante horas, las cabezas bajas y apretadas entre las manos, en cuclillas. Ateridas, asustadas y resignadas a no encontrar alguna cara conocida entre tanta aniquilación. Nada. Las piernas flaquean, hormigean, pero deben permanecer encogidas para esquivar los proyectiles que cruzan sobre ellas. Alrededor todo es descalabro, sangre y fuego: arden los camarotes, el humo es cegador y si algunas llamaradas no logran prender sus vestidos es porque están caladas. La coca se anega, el agua penetra con fuerza en los orificios abiertos por el impacto de los proyectiles. Les cubre las rodillas; no hay tiempo; se preguntan qué hacer, no hay respuesta, se miran y apenas reconocen las caras ennegrecidas por la tizne y manchadas por sangres de heridas ajenas. Salir de ahí es arriesgado, se saben situadas en el foco de la batalla y optan por permanecer agazapadas en la nave que zozobra, atadas al palo que apareja las maromas y aferradas a las amarras para no dejarse arrastrar. Las olas baten sobre ellas, las empujan, las sacuden; los remolinos que forman otras naves al hundirse son tan arrolladores como las mareas vivas, crestas inmensas y violentas que las vapulean sin descanso. Abrazadas a las cuerdas tiemblan, los silbidos de los proyectiles que sobrevuelan les lastiman los oídos y el agua que entra incontenible y a presión les impide asomar la cabeza y comprobar cómo se hunde la nave. El frío es insoportable, las dos temen y desean morir, terminar, flotar en el golfo como los cadáveres que se unen sin importar el bando. Rezan, y sus plegarias, inconciliables, se mezclan con los alaridos de dolor y las rogativas a la virgen del Rosario, con blasfemias, insultos y maldiciones de los combatientes. Los soldados aúllan como fieras, se comportan como fieras, a ellas les aterran como fieras.

Antes del atardecer, hacia las cuatro de la tarde, todo ha concluido; también la coca se hunde. Apenas sobresale el lugar donde se han protegido; en la cubierta ya no flotan cadáveres, están solas. Despacio, con cautela se sujetan a unas tablas, el mar las cubre, la nave desaparece y el espectáculo que se abre ante ellas es desolador. Cientos de cuerpos flotan sobre el bello golfo; reconocen unas duelas con el nombre del barco, la gorra del capitán y algunas sillas que se desplazan revueltas con aquellos objetos que horas antes seleccionaban con cuidado. El traje de novia se mece en el agua junto a flores del jardín; los velos, las sedas hechas jirones, ni siquiera han servido para tapar heridas. Meriem busca la bolsita con el amuleto, continúa amarrada a su cuello.

Exhaustas, sin lágrimas, sin apreciar dolor, desfallecidas, no reaccionan cuando alguien las sube a una barcaza y las desembarca en la orilla. Aún unidas por las manos, ateridas, sucias y hambrientas, en silencio, sin querer entender lo que ocurre, se mezclan con los supervivientes, con los rescatados, con los que han

escapado de la muerte; un grupo estrafalario y desaliñado formado por gentes abatidas de ambos ejércitos. Todavía no se distinguen vencedores ni vencidos, marinos ni soldados, cristianos ni moros; solo son sobrevivientes, heridos y conmocionados que se observan suspicaces. Algunos están tranquilos, saben que regresarán a sus hogares; otros, la mayoría, confusos, metidos a empujones dentro de una empalizada que vigilan soldados de la coalición cristiana. Entran sin resistencia, sin apenas sospechar lo que les aguarda: son los vencidos, entre ellos no está Olaya. Ver cómo se aleja es inquietante, sabe lo que significa y se alegra, también se entristece, quisiera retenerla y dejarla marchar, aferrarse a ella y desearle suerte, besarla. Es triste comprender que nunca volverá a tenerla cerca. Sigue su estela con la mirada, igual que tantas veces hizo Olaya, igual que anteaer cuando subían la colina. No se aleja sola, dos soldados la ayudan a caminar, la sostienen mientras atraviesa el campamento; no sabe si está en lo cierto cuando cree percibir que tropieza, que se desmaya, no, no lo sabe pero la duda no impide que se alarme al ver caer sus brazos desplomados, y que la llame en voz baja, y que un impulso estúpido le haga dar un paso para acercarse, y después, cuando apenas la vislumbra sentada sobre gavillas de paja y cubierta de mantas, se alivia y sonríe. No pasa el tiempo. Parece detenido, perdido entre ruegos y recuentos. No hay engaños, el hambre y el cansancio se ocupan de advertirle que han transcurrido varias horas cuando uno de los soldados vencedores la selecciona y la ata con cuerdas en reata con los demás cautivos, con las huestes derrotadas, entre los humillados. No se opone, no podría hacerlo ni serviría de nada, repite su nombre, el de su padre, el de Néstor; nada, eso ya no importa; su identidad es una anécdota oscurecida por el humo, apagada. Es solo un número, una de las mujeres sometidas, una cautiva a la que trasladarán al cercano puerto de Petala. Es el lugar previsto, el puerto preparado para hacer el balance y reparto del humano botín.

Un solo pensamiento ocupa su mente: respirar. Vivir. Hoy poco le incumbe si ha sido el destino o la simple casualidad quien la llevó hasta Lepanto. Lo único cierto es que estaba allí y que aquella mañana, roja de sangre y de fuego, le arrancó su noche de bodas y a cambio le dejó el miedo a lo desconocido, la soledad del naufragio personal e inevitable. Lo entiende, ha dejado de ser la joven heredera de una distinguida familia de mercaderes para ser una cautiva más entre los cinco mil prisioneros que capturó la coalición católica, la Santa Liga. Sí, así es, debe asumirlo para sobrevivir a la locura. Lo acepta sin más, sin querer sospechar lo que le aguarda, sin vislumbrar que será vendida, como cualquiera de los tres mil seiscientos cautivos que corresponden al rey Felipe. El desastre es más duro sin Olaya; aún puede distinguir su silueta lejana, la abriga una manta, le cubre los hombros y bebe algo. A pesar de saber que no puede oír la llama y repite que la quiere, que no la olvidará nunca.

Olaya ha iniciado el camino de regreso a su hogar.

No va a conservar recuerdos. La memoria es leve, la desolación tan desmedida que no cabrá en ella. Se siente como una canica en los juegos de un niño, agitada, vapuleada, lanzada, golpeada, derrotada y perdida. Las escenas se agolpan en su mente, se le escapan y le impiden precisar cómo ha llegado hasta aquel lugar con los demás prisioneros de don Felipe. Si acaso, vagamente, se acuerda del bigote de un soldado y de su mano que la ayudó a caminar; de los ojos azules y sabios de una mujer, una extranjera, que le dio agua y pan; de las uñas ennegrecidas de un marino que la abrigó; del sol reflejado en el casco bruñido de un soldado, poco más. Pero ahí está. Apenas han pasado unas semanas desde aquel desastre y se encuentra preparada para salir a subasta en la gradería de la Catedral de Sevilla; el mayor mercado de esclavos de cualquier procedencia.

Examina en derredor y descubre un bello contexto; le resulta conocido. En algún lugar, entre los sueños guardados, debe permanecer la imagen de ese patio de abluciones y de un alminar y de la preciosa puerta de una antigua mezquita. Un entorno admirable si emerge de las fantasías, pero ahora, abre los ojos solo para comprobar que el espacio que la rodea es funesto; que le provoca miedo y humillación. Se encuentra en la primera escala, tanto desde el Mediterráneo como desde el Atlántico, de la siniestra ruta que continúa a Lisboa y a Nantes; un escenario absurdo e inquietante donde solo es un “buen artículo”, un objeto a la venta, una simple mercadería que reúne muchas de las condiciones más estimadas en este negocio del tráfico humano.

—Miren, admiren a esta joven “habida en buena guerra”. Esta joya es berberisca, más blanca que la leche y enterita, con la flor sin romper —dice con un expresivo gesto de los dedos de las manos—. Una alhaja, sí, ya quisieran sus señorías haber disfrutado de la misma crianza. Contemplan su tez, su pelo... —Una y otra vez el tratante descubre su cara elevándola con una vara.

—Mostradnos otras partes; más abajo, más chichas —grita un muchacho delgaducho y despeinado que agita las manos para contagiar entusiasmo.

—Harán buena compra, decídanse caballeros; tengan por seguro que a cambio de esta muchacha recibirán un cuantioso rescate. No lo duden. No pierdan tiempo, miren —dice mientras descubre sus piernas al alzar con la fusta los restos de la falda.

—Eso, así. Quitadle los harapos —grita un joven bien vestido desde el frente, hace muecas y gira las caderas. —Más alto, más, dejad que comprobemos esos encantos ocultos.

—Es perfecta para parir, una ventajosa ganga. —Pasa la vara sobre el vientre de Meriem. Continúa con su oferta sin inmutarse por los alaridos de los muchachos, por momentos más escandalosos, por momentos más exigentes.

Quizás los impulsase la curiosidad por observar a los cautivos de la reciente victoria cristiana. Quizás, lo cierto es que cuando Meriem salió al estrado decenas de fisgones se acercaron para contemplar el espectáculo; poco a poco la concurrencia aumentó

hasta formar un círculo compacto y vociferante. Transcurren minutos, minutos eternos, minutos que son horas y nadie puja, la subasta no acaba y las miradas, descaradas y lujuriosas permanecen fijas en ella. Al cabo de un cuarto de hora decenas de ojos la observan. Son, sobre todo, hombres sobreexcitados que comentan entre ellos, que ríen, señalan y, a veces, acompañan sus rezongos de expresivas y gesticulantes groserías. El primero en hacer una oferta es Juan de Granada, un tratante de esclavos que adquiere en esta lonja su mercancía y la vende en las plazas aledañas. Puja, tiene cliente para ese género y también le convence el asunto del rescate; podría ser un buen trato; si resultan ciertas las cualidades que pregona el subastero y no se estropea, el buen provecho está asegurado.

—Ofrezco setenta ducados; setenta, va bien, y me estoy excediendo; no vale para trabajar y de rescate ni hablar. ¿Quién podría localizar a alguien que los pague?

—Tiene razón el caballero: es de las de Lepanto. A saber dónde han ido a parar sus familiares —dice un viejo cojo, que se carcajea y reproduce con su dedo índice el tajo de un degüello. Ríe, y con su sórdida mofa provoca un coro de voces que celebran su ocurrencia.

—A buen seguro que le quedan parientes en Berbería. Son gentes principales, no hay más que verla; aún la andarán buscando. No la doy por menos de cien ducados.

—Cien ducados no los valen ni siete como esa.

—Insisto, doy setenta. No más, es holgazana, solo hay que ver esas carnes tan tiernas —repite Juan de Granada.

—Toque su señoría, confirmad, no es flácida, no. Es fuerte como una mula; mirad con atención, —levanta la escasa tela que permanece sobre su cuerpo—, está en la mejor edad, ya sabéis amigo, ya sabéis a qué me refiero. Una muchacha apetecible y blanca como nácar.

—Más, más arriba, y palpadla amigo, hasta el centro, o mejor, dejad que lo haga yo —grita un viejo desde el fondo y a su alrededor suenan las risas y las promesas huecas.

—Tengo prisa. Me queda mercancía, la doy en noventa y cinco y que conste que no gano nada, todo va a parar a las arcas del rey. Los vale, lo aseguro, es de buena crianza y de salud de piedra. ¿Se la lleva?

Hay heridas que agrietan la piel, otras desgarran el alma. La vergüenza le obstruye la garganta, apenas le permite respirar. Inmóvil en las gradas de la catedral soporta, una y otra vez, que el subastero muestre su cuerpo. Cada palabra que pronuncia para describirla le atraviesa el oído y el alma, la golpea y la rompe, lo mismo que una flecha quebraría las alas de un pájaro que revolotea. Cierra los ojos y aprieta los labios, es su último intento para impedir que el pregón le impregne la memoria, para ahuyentar el miedo y ocupar su mente con la imagen de Néstor. No lo consigue, se impone la voz fatua y sonora del subastero, cierra los ojos y niega que se refiera a ella: “mujer blanca, berberisca, habida en buena guerra, sin defectos físicos y sana de cualquier enfermedad del cuerpo”. Sufre náuseas al advertir las apetencias de aquellos hombres taladrando su cuerpo; asco al percibir cómo la recorren cientos de miradas escurridizas. Repugnancia, repulsión, arcadas, casi

vómitos que no evitan la soez excitación de los que asisten a las subastas solo para eso. Imagina que Olaya se encuentra entre ese público, con sus padres, que pujan por ella y sonríen cuando se la adjudican; es solo fantasía, un punto de fuga, la única escapatoria contra la locura. Divaga, la subasta y la vulgaridad de los asistentes permanecen. De pie, apenas cubierta, ni el frío intenso y paralizante clavado en su espalda, ni el pitido persistente y agudo en los oídos le impiden escuchar el eco de tanta insinuación obscena y ofensiva; ella, su piel blanca les provoca. Está atemorizada, de nuevo en poco tiempo no es capaz de suponer qué puede suceder después.

—Ofrezco ochenta —grita un viejo desde una esquina—. Ni un ducado más, nadie dará más por una mora con ese aire de marisabidilla; que ya se sabe, de las mujeres ilustradas hay que huir, son peor que el demonio.

—El viejo tiene razón, llevará más tiempo que entre por el aro que introducirle cualquier otra cosa —vocifera un muchacho, ríe y gesticula—, las de esa calaña solo acarrear problemas.

—Demasiado orgullosa, caramba con la mora. Más postín que tetas. Si tanta fanfarronería es mala en cualquier hembra, cuánto más en una de esas.

—Pues habrá que domesticarla a golpe de vergajo; mucha verga retorcida, y de otra clase, necesitará para bajarle los humos.

—Noventa ducados, es mi última oferta —dice Juan de Granada mientras levanta el brazo—; me ha encaprichado la jodida mora, pero no subo ni un maravedí, el viejo tiene razón ¿ha visto sus ojos?

—Sí, los ojos ¡qué los abra! —Grita una mujer desde la esquina—. Que la mora de Satanás no nos engañe; son de ese color maldito, la muy bruja da miedo.

—No vale ni siquiera los noventa. Su merced decide —dice terminante Juan de Granada antes de lanzar hacia el subastero una bolsa con monedas.

No ha tenido suerte; que la haya adquirido un tratante de esclavos significa que su peregrinaje no concluye en estas gradas. El mismo hombre que la ha comprado, un personaje oscuro con espada en el cinto, la traslada hasta una cabaña a las afueras de la ciudad. Durante todo el camino el miedo es más intenso que el dolor de los pies agrietados, más punzante que el hambre. El tratante jadea, está demasiado grueso, la saliva pastosa blanquea las comisuras de una boca redonda y húmeda. Marcha tras ella, la conduce propinándole en los riñones, en la cintura, en las nalgas, golpes leves y reiterados, golpes vejatorios de una vara que agita entre las manos. Le oye respirar, también susurrar bravuconerías que describen con detalle lo que hará cuando se instalen en la cabaña. No omite un pormenor, todo lo contrario, los adorna con suspiros y resuellos. Meriem imagina cómo va a violarla y cómo se regodeará al cumplir con cada grosería que promete. Tiembla, suda, siente frío, llora sin sollozos, sabe que puede hacerlo, que sería legítimo, que no tendría derecho a defenderse. Durante unos instantes planea quitarse la vida antes de permitirlo y trata de encontrar a su alrededor algún objeto afilado. Nada, excepto arena y polvo. El traficante la empuja al interior de la choza con sus enormes manos. Dentro solo hay oscuridad, olor a excrementos, a pescado podrido, a semen seco. El tratante

le sujeta las muñecas a un gancho clavado en la pared y le traba los pies con una soga de esparto; después, lentamente, desliza sus manos ásperas por su cuerpo y sus dedos torpes y grasientos la recorren; degradan su piel. Percibe el calor del aliento de ese hombre espantoso sobre su cuello, el olor de su boca tan cerca que le repugna; tiritada de frío y de miedo, se bambolea entre sacudidas del vientre craso del tratante; jamás vio a alguien perturbado de ese modo ni ningún cuerpo moverse con espasmos tan desacompasados y paulatinamente más rápidos. El pánico paraliza no solo su corazón, también su cuerpo. No puede moverse, aprieta los párpados y espera. El jadeo del marchante se silencia, los vaivenes de su cuerpo cesan, se desploma junto a ella. Le cuesta abrir los ojos, le pesan, le escuecen, cuando comienza a distinguir jirones de luz en la oscuridad, comprueba que no está sola; la acompañan otras personas, otros desgraciados que esperan; de alguna manera, eso la tranquiliza. Está tan extenuada que se duerme.

9

La hojarasca que techa la cabaña deja pasar la luz, amanece. Juan de Granada ha dormido en el centro, sin soltar su vara ni su espada. Despierta, bosteza, se estira y les reparte un trozo de pan de bizcocho antes de hacerlos subir a un carro; no los empuja, no, no quiere estropearlos, la mayoría de esa mercancía está tratada de antemano y debe llegar a destino con su mejor aspecto. El tiempo es lento; las ruedas de la carreta giran despacio, dentro solo hay silencio, cabezas bajas y miradas clavadas en la paja que cubre la plataforma; un niño negro no deja de balancear los brazos, una mujer gorda y arrugada da vueltas sin parar a un rizo de su pelo, los demás apenas parpadean, sus ojos parecen vacíos, huidizos, esquivos como quien regresa del mar y no quiere acudir a una cita antigua y temible. Ninguno se queja de los traqueteos, ni del hambre, de la sed o el cansancio; no, no tendría sentido. Llegan a Málaga por la ruta de Antequera, el viaje se ha prolongado durante toda una jornada llena de incertidumbres, un recorrido sin pausa. Desde la puerta de Granada, atraviesan la ciudad y pasan cerca de las obras del puerto para alcanzar el final del viaje: la escribanía pública de Andrés González de Padilla.

En torno a la entrada esperan algunas personas impacientes por comprobar si la mercancía que van a recibir es tal como requirieron. En el momento en que se detiene el carro, don Martín García de Valencia echa un vistazo al interior. Lleva horas haciendo antesala, tan ansioso como un niño que aguarda su regalo. Escasamente distingue a la muchacha pálida y delgada, que señala el tratante con pequeños golpes de su dedo índice, pero intuye que se atiene a lo que le encargó; cuando la ve más cerca sabe que no se equivoca y que en pocos días se habrá amoldado a lo que se requiere de ella. Está satisfecho, tampoco en este trato Juan de Granada le ha decepcionado; paga los ciento diez ducados convenidos y firma la carta de compraventa en la que se registra, también, la adquisición de los dos moriscos que aguardan juntos en la puerta de la escribanía.

El marchante enfila hacia la dirección indicada para la entrega, presuntuoso, tan grasiento como el día anterior, el mismo chaleco de fieltro marrón, las mismas

manchas y el mismo olor a sucio. Tras él, Meriem y los dos hombres cruzan la Plaza Mayor hasta la calle Especerías. A la residencia de los señores García de Valencia.

—Pues sí que tiene buen aspecto ¿esto cuesta tantísimos ducados? —dice al verla cruzar el umbral de la puerta Isabel Ordoñez, la gobernanta.

—Dadle un lavadito y veréis cómo mejora. Ah, y algo de comer, yo no he tenido tiempo de esos menesteres.

Aún no ha entrado y de nuevo el pánico le pregunta por su futuro. Sin atreverse apenas a levantar la cabeza observa a la mujer que la ha recibido, es tosca, desapacible, adusta. Sondea su rostro y comprende su actitud; se trata de una de esas personas que jamás han vivido la juventud, de esas que envejecen sin edad definida; es ágil y fibrosa, pero sin duda, labrada a golpe de trabajo, de trabajo tan duro como sus ojos castaños que solo dejan traslucir cientos de negaciones. Tiembla, tropieza, duda, mientras esa mujer la traslada, casi a empujones, hasta una colgadura de esparto que divide un patio grande. Va a examinarla, tiene que comprobar que, tal como aseguró el vendedor, está sana, virgen y sin taras porque, en caso contrario, se podría reclamar el valor en que se tasaron esas condiciones.

—Fuera ropa —repite mientras le muestra con gestos exagerados lo que tiene que hacer—. Toda, en *cueritos*, tal como os trajeron al mundo, vamos, no puedo perder el día.

¿Cobardía, turbación? no sabe lo que siente al permanecer, absolutamente desnuda, ante esa mujer que escudriña su cuerpo más de lo que nadie lo hiciera hasta entonces. Es miedo; sí, y también odio y repulsión y alarma. Intenta disimular, pero no logra esconder su rechazo, lo refleja su rostro y provoca la respuesta airada de la mujer.

—¿Qué insinuáis?, ¿qué me gusta inspeccionar ese sucio cuerpo? —Dramatiza un gesto de asco—. No, si hasta creeréis que me agrada el repugnante olor que despedís a sangre seca, a sudor, a pescado podrido; vaya modales se gasta la mamarracha. Habrase visto.

Malhumorada, desliza un paño húmedo por cada una de las mugres que encuentra en el cuerpo de Meriem; una a una desaparecen, son de sangre ajena, esperma, lágrimas secas y salitre. La obliga a sentarse en una banqueta y a abrir las piernas antes de arrimar la cabeza a su vientre, de transmitirle el calor de su aliento y de untarse un poco de manteca en la mano y aproximarse con los dedos extendidos. Meriem está tensa, agarrotada; el índice rígido e intimidante de la mujer la asusta, niega con la cabeza y ruega con las manos. Su imagen es delirante, a Isabel le parece tan triste como la de una Virgen dolorosa, tan ambigua como la de la Magdalena, se compadece. Un simple reconocimiento sólo podría provocar tal reacción en una chiquilla. Se detiene. Después, en silencio, levanta con esfuerzo los párpados caídos y sus ojos marrones sobresalen de la cara; se arregla el pelo, es escaso, un mechón castaño y rizado escapa de su toca; frota los dedos en un paño, los restriega en el mandil y, con la puesta en escena de quien supone que cumple una misión trascendente, la ayuda a levantarse y la conduce hasta una habitación en una de las esquinas, cerca del zaguán que da entrada a la casa de los señores. Se trata de una débil construcción aislada, con una ventana de postigos cerrados frente al pozo. Meriem intuye que ese cuchitril sombrío y casi desamueblado será su hogar. Es desconcertante,

no reconoce los propios sentimientos pero son contradictorios, no tiene referencias. La habitación extraña, incómoda y fría se le antoja acogedora y segura; los dedos deformes, las enormes manos callosas y duras de esa matrona la asustan y la consuelan. Todo es confusión; anhela estar sumida en una pesadilla, pero no, no es un sueño, está bien despierta y se cerciora cuando nota el calor de un jarrillo de leche y el olor a pan y fiambre. Come. La mujer la observa; también recela.

—Compartiremos esta cámara y esta cama —habla con voz muy alta, silabea y teatraliza exageradamente cada una de las palabras—. No es manía mía, que el diablo me lleve si me gusta la idea, pero qué voy a hacer, es decisión de los señores, de vuestros amos.

Le repugna imaginar que el cuerpo rígido y ajado de esa mujer va a rozar el suyo. Se niega a creerla ¿quién podría tener interés en que durmiera con ella? Recuerda la respiración del tratante de esclavos sobre su nuca, sus espasmos, el calor de su aliento y teme que dormir con esa mujer no tendría otra finalidad.

—Parad ya de escudriñar con esa cara de pánico; que ya me huelo yo de qué desconfiáis; dejaos de sandeces, mosquita muerta. Y, cuidadito, por aquí decimos que el que mal piensa, mal obra.

Desde el patio llegan voces de mujeres que cantan, voces alegres, acompasadas. Se asoma a la ventana y ordena callar.

—Ya imagino, ya. Jamás cometería ese pecado indecente, y mucho menos con algo tan sucio, ni siquiera de pensamiento. A mí sí que no me llega el resuello de pensar en estar a solas con semejante adefesio; habrase visto. Pues no parece que la *morita* quiere echar mal de ojo. Un estruendo en el patio, el llanto de una niña, los siseos que exigen silencio, el ruido de un postigo al cerrarse de golpe y otra vez se interrumpe su monólogo, sale a la puerta y exige quietud. Tiene los ojos muy abiertos pero los párpados caen formando un extraño triángulo. Fuera de la habitación el silencio es imposible; alrededor de los muchachos que llegaron con Meriem se ha formado un ruidoso coro de curiosos.

—Yo no hago otra cosa que obedecer; como Dios manda. No me queda más remedio que vigilaros e instruiros en la fe cristiana y, por si eso fuese poco, me han encargado de explicaros vuestras obligaciones en ciernes. Ni más ni menos; vuestros amos no quieren ningún roce con nadie, así que, sin remilgos, cuanto antes aprendáis mejor para todos. —Enuncia lentamente cada palabra, en voz muy alta; gesticula.

Ni siquiera la seguridad con que habla esa mujer la tranquiliza. Está aturdida; trata de protegerse y se esconde en sí misma. Durante semanas se muestra huraña; no habla, no sonrío y apenas come. La gobernanta la observa, despacio. Duda: es sordomuda o simple tramposa. Nada de eso la incumbe, nada tiene que ver con su compra, es la encargada de vigilarla y adiestrarla, lo demás es responsabilidad de su dueño. La relación entre ambas es tensa; incómoda, el paso de los días no rompe el silencio, no aviva el interés por el entorno ni por los largos y frecuentes monólogos de Isabel. Al contrario, le molestan la indagación en su pasado, la curiosidad enojosa que no espera respuesta, sino justificación para pedir a alguno de sus santos piedad para los infieles y agradecerles que esa batalla del Golfo haya puesto a su pupila en el camino de la fe verdadera, la haya alejado del peligroso ambiente que

la rodeaba. Le había asistido al rito repetido tras de cada ruego, ver cómo se santiguaba deprisa y sin cuidado, la forma maquinal en que una y otra vez besa un escapulario que cuelga de su cuello y después se limpia las manos en la falda; aborrece esa sarta de gestos repetidos e inconscientes que acompañan la promesa del bautismo. Por el contrario, Isabel se acostumbra al soliloquio y comienza a intuir que el silencio de esa niña no será indestructible, que algún día su voz sonará como un canto.

Oye esos monólogos sin atención; no le importa si son amenazas o simples sugerencias, no los escucha, no quiere que la insistencia de esa mujer influya en ella. Se ampara en los recuerdos de su última tarde en Estambul, repite, una a una, las palabras de Olaya mientras la gobernanta repite su retahíla, se aferra a aquellas frases para no permitir que hurgue en su pasado, que le robe su identidad. La memoria es frágil, engañosa, poco a poco, los reflejos de la mezquita en el Bósforo se transforman, se diluyen y se mezclan con Lepanto, el mar, en otro mar y los rostros de Néstor, de su madre y de la *biyyükanne* se oscurecen en tanto que los dedos de la guardiana, retorcidos y tan firmes como las arrugas que rodean sus labios y sus ojos, son ciertos y tangibles. Esa mujer persistirá, nada va a impedir que la bauticen, que la sumerjan en las costumbres de esa cultura tan distinta a la suya. Mantener la inútil esperanza del rescate es absurdo, confuso, sin sentido. Ha llegado el momento de aceptar los consejos de Ahmad Ibn Taymiya y esconder las opiniones, ocultar su fe e incluso su apariencia real; sí, está acorralada, si se muestra como es, podrían castigarla. Fingir es legal. Solo tiene que simular que cede y aceptar lo que con tanta insistencia reitera esa mujer: “borrón y cuenta nueva, olvidarás tu nombre, dejarás de ser Meriem”.

Es persuasiva la obstinación. La insistencia doblega más que la fuerza y, como la gota de agua que taladra las rocas, las palabras de la gobernanta horadan su firmeza. Mantenerse inflexible la agota, porfiar es ridículo, esconder lo que queda de aquella niña que vivió en Estambul es lo más conveniente. Sí, esconderla y junto a ella también a sus maestros, a su familia y a aquel jardín lleno de tulipanes. Recuerda a Olaya, su voz, sus razonamientos, ahora sabe que estaba en lo cierto, que conservar los principios para reconocerse con el paso del tiempo es lo único que importa. La soledad es dura, un castigo insostenible que conduce a la locura; las manos de Isabel, ásperas y rigurosas, comienzan a parecerle acogedoras.

Así, en la oscura habitación del patio de esa casona malagueña, transcurren los primeros meses de su nueva vida. Ahí la encuentra, en el mes de abril de 1572, la primera sensación agradable que disfrutará desde el naufragio en Lepanto. Isabel alterada, protestando, coloca junto a la ventana un barreño de peltre que arrastra trabajosamente.

—Voy a llenarlo de agua caliente. Enseguida la traigo con la jarra de la jofaina, en un momentito; como un rayo voy y vengo a los fogones de la cocina. En un segundo estoy aquí con el agua calentita; aprisa, niña, quitaos la ropa.

Se desnuda, está muy delgada, su cuerpo sigue siendo el de una adolescente, pero está más formado, más sensual y más pleno. Es una escena extraña; ese baño ni siquiera se parece a los que tomaba en su casa y, sin embargo, jamás disfrutó de otro que le produjera tanto placer.

—Gracias al cielo; estoy más contenta que unas pascuas; que ya era hora de veros sonreír. Ahí os quedáis, en remojo como los garbanzos, hasta que el agua entibieza; quietecita, que después os fregaré la espalda.

Ni siquiera saber que Isabel volverá a ver su cuerpo, que va a frotarlo puede acabar con su alegría. Ha pasado mucho tiempo desde que salió de la casa de Galata Pera y desde entonces no ha sentido la caricia del agua en su piel.

—Creo que en Berbería los baños son muy frecuentes ¿es así? Una mujer decente no tiene que lavarse tanto, eso solivianta a los hombres. —No espera contestación, tan solo pretende atraer la confianza de Meriem, romper barreras.

En cualquier caso esa pregunta sólo tiene una réplica: sí, son frecuentes, habituales y ahora, al evocar ese rito, desnuda, lentamente se introduce en la artesa. Cubierto de agua descubre su cuerpo, lo sondea, se reencuentra con él; lo había ignorado desde la batalla terrible, lo había aborrecido después de que lo taladrasen miradas inmundas en las gradas de la catedral de Sevilla, lo había rechazado tras el manoseo del tratante; no lo consideraba propio. Apenas el agua humedece sus piernas se reconcilia y, palmo a palmo, recuerda aquellas formas que elogiaban sus padres y enamoraban a Néstor. Se acaricia el vientre, el pecho, las piernas; lentamente, comprobando que tanta carencia, tanta humillación no lo han afectado. La piel despierta y es dulce sentir cómo late la vida en cada rincón del cuerpo; cierra los ojos e imagina que son otras manos más fuertes y seguras las que buscan recodos. Absorta. Isabel la vigila y no llega a entender si lo que está viendo favorece o perjudica su tarea; quizás esa sensualidad ese impudor sean adecuados; quizás, pero no son cristianos; no es piadoso que una mujer se deleite sondeando su propio cuerpo.

—Vamos, vamos, niña ¿qué andáis buscando?, no os falta ni un trocito ¿verdad?, pues ya está bien, lavaos el pelo. Pronto se enfriará el agua.

No la oye. El baño relaja y adormece. Evoca el *Hamman* familiar. Con los ojos cerrados, mirando hacia dentro, fantasea estar en la casa de Galata Pera y tomar un baño junto a Olaya que frota su cuerpo con un paño suave; igual que en un juego se secan mutuamente; el aire huele a rosas de Bulgaria, ríen. Olaya la perfuma y la ayuda a vestirse, va a encontrarse con Néstor. Hasta una de las terrazas llega la brisa fresca del jardín; él la besa, acaricia su cuello y desliza la mano hasta el pecho. Sin embargo es la mano ruda de Isabel la que frota su espalda. La que la saca de su mundo de recuerdos y le ayuda a vestirse. Reacciona como una novia a la que roban sus flores, hace un mohín de disgusto cuando la zarandea. Sobre la cama hay ropa extendida, la mira de reojo y sonrío; por fin vestidos limpios, bastante nuevos y casi bonitos. Durante unos segundos permanece de pie en el barreño, le cuesta salir de ese mundo de sensualidad y espumas, de flores imaginadas y de música del recuerdo. Se observa de arriba abajo, cree ser una de esas ninfas de un tal Botticelli, misteriosa y sutil, libre y tan pura como si hubiese nacido simplemente para deslizarse por un bello jardín. Por primera vez Isabel contempla su pelo, es larguísimo, muy negro. Meriem está en pie, gotitas de agua recorren su espalda, deja que caigan libres; se siente limpia.

Sale de la ajofaina, hoy no siente vergüenza; la mujer la cubre con un paño grande. No hay perfumes, no hay risas, el viento cálido no entra por las lumbreras ni el aire

huele a nardos. Se viste; son ropas pesadas, toscas, demasiado grandes para ella. Tampoco hay espejos, el cristal de la ventana le devuelve la imagen de una joven desconocida, envuelta en una falda tableada de lana de color rosado, una camisa ancha y un corpiño marrón; una muchacha cristiana y vulgar, una muchacha triste y frágil.

No atiende al apremio de Isabel, se entretiene cepillando el pelo mojado; la mujer insiste, le advierte que de nada servirá esmerarse en componer un peinado que cubrirá la toca. Pero hace tiempo que no siente caricias en su pelo, y sin embargo sigue siendo suave, agradable y dúctil. Resulta muy sencillo entrelazarlo y lo hace, de forma simple; sí, de una forma que en nada se asemeja a los complicados cruzados que componía Olaya; lo recoge en la nuca y a ambos lados de la frente deja libres pequeños mechones que zigzaguean al compás de sus movimientos. Es asombroso el milagro que un poco de aseo ha obrado en su aspecto. Isabel se felicita, pero no hay tiempo para la autocomplacencia; en el patio esperan los dos muchachos musulmanes, llegaron juntos y juntos irán a Santa María del Sagrario para ser bautizados.

Por vez primera está dentro de un templo cristiano y de nuevo se acuerda de Olaya, de la paz que le promovía su parroquia y sí, sin duda, no le faltaba razón; la iglesia también es hermosa, oscura, recogida y el aroma de incienso, la luz de algunas velas, el rumor de oraciones calladas y el olor a azahar que entra desde el patio, provocan una inmensa quietud. Algo en esa capilla le resulta familiar, aún no distingue qué, aún no advierte las huellas de su pasado como Mezquita Mayor. El templo es hermoso, sereno, pero solo eso, comprende a Olaya; es bonito de una forma que no llega a emocionarla. Todo lo contrario, le molesta escuchar la oración que recita el párroco y sentir como corre el agua sobre su cabeza; esa capilla significa renuncia. Recuerda al viejo jurista, sonrío, y finge al aceptar su nuevo nombre, su nueva religión, su nueva consciencia, su nueva fe. Debe hacerlo, esa ceremonia es el entierro de Meriem y el nacimiento de María, la “esclava berberisca, blanca, propiedad de don Martín García de Valencia”, sí, la neófita que queda registrada en un gran libro de hojas de papel fuerte, con cubiertas duras forradas de piel natural, el libro donde el párroco registra los bautismos.

Al regresar de la Iglesia, mientras transita por las calles de esta ciudad cristiana, de esta ciudad sin espejos, repara en las gentes, en sus vestidos pesados, en sus pasos cansinos, los gritos, en los tullidos, en las peleas y las aguas residuales que mojan las calles, en los suelos polvorientos y sobre todo en ella, mezclada, sumergida, en ese entorno tan distinto al suyo del que ya apenas revive los colores. Se esfuerza en recordar, en imaginar que vuelve a casa, pero su mente le juega una mala pasada y le muestra la habitación del patio. Sin duda será largo el camino del olvido pero ya ha comenzado. Durante los días gastados en recuentos e inventarios su pasado era pesado, contundente, como un equipaje desmedido; ahora mira atrás y la bolsa de su vida anterior es ligera, es difusa, indefinida. De nada sirve el engaño: esto, lo que la rodea, es su realidad. Camina por la calle de Santa María, todavía percibe la humedad del agua bendita en el pelo, presta atención a Isabel que, junto a ella, como siempre, monologa. Su razón comienza a aceptar lo que su voluntad aún rechaza.

—María; soy feliz de nombraros así. María, sí.

Anda junto a su acompañante, ensimismada, pensativa, sin girar la cabeza y la mirada perdida hacia la Plaza. Isabel habla, casi recita, sin aguardar respuesta.

—Hasta este momento de alegría me lo estáis fastidiando con el puñetero silencio. Nunca me había encontrado con alguien así de tozudo, no he dado con la tecla para que cedierais, en eso he fracasado, Dios me valga. —Reafirma reiteradamente con un leve movimiento de cabeza.

Se detiene, los muchachos recién bautizados la imitan. Isabel contiene un profundo lamento pero no reprime un espontáneo gesto de desesperanza, no, todo lo contrario abre los brazos para mostrar, exagerado, su desánimo y después junta las manos sobre el pecho, parece suplicar.

—De nada sirve que os haya tomado afecto; si lo habéis notado os importa un bledo; dejaos ya de sandeces, María, quiero oír vuestra voz, aunque sea en una lengua extraña. —La mira de soslayo, sonrío, pretende cerciorarse de si logra derribar su voluntad.

Continúa su soliloquio. Camina; despacio, sin gesticulación ni alharacas le asegura que espera mucho de ella y le promete que sabrá protegerla; responde ante los amos; ellos no planean dedicarla a penosos trabajos domésticos y ella la avala; está preparada para realizar tareas de otra envergadura.

Quizás esas promesas la intrigan, quizás porque recorre por primera vez las calles de Málaga, quizás por el sosiego de la iglesia, quizás porque el empeño de la gobernanta haya quebrado barreras; por cualquier causa, en la mitad de la calle de Santa María, se rompe el silencio